

Capítulo 2: El viaje

Al final, eran cinco los que vestían el jubón de cuero del cazador. Cinco cazadores reunidos en la proa, bajo la luz de las estrellas que titilaban nítidas en el firmamento y difusas en las mansas aguas del mar central.

El más alto era también el más delgado, con la cara fina y afilada, la nariz ganchuda, la boca recta como la línea del horizonte y ni una cicatriz en la cara. Un novato. A su izquierda, con las piernas entrecruzadas y el trasero apoyado sobre sus tobillos, un hombre calvo, de ojos claros y mirada firme. Siguiendo por el mismo lado, un tostado. El hijo de algún esclavo mohadí, fruto de la interminable guerra entre el imperio de la arena y los pequeños reyes de los Mil Reinos. Se adivinaba por su tez oscura como el cacao. Una sabia decisión la de postularse a cazador. Al menos así podría granjearse el respeto de sus congéneres por sus méritos. El único color que importaba entre los cazadores era el de la sangre, y hasta donde Derren sabía, era rojo. La de todos.

Derren cerraba el círculo, repantingado sobre los tablones. Detrás, de pie y apoyada sobre la madera barnizada de la borda, estaba ella. La única mujer a bordo. El mismo jubón de cazador, ceñido por el mismo cinturón. Pero su atuendo indicaba algo más, algo crucial para todo cazador, signo de identidad y reputación. La hebilla de su cinturón mostraba una cobra de ojos vacíos y lengua bífida: el clan de Serpentia, el más grande y poderoso de los Mil Reinos.

Esa hebilla la situaba como la mejor cazadora de los cinco. Todos los reinos tenían el mismo número de cazadores. Cinco. Las reglas eran muy estrictas. En los reinos más pequeños, era un estatus accesible, pues a menor población, mayor posibilidad de acceder al puesto y de mantenerlo. En Serpentia, todos los años había nuevos aspirantes que se jugaban la vida por llegar al honorífico título de cazador.

Derren la observaba disimuladamente, gracias al espejeante fijo del hacha que el cazador más alto tenía sobre su regazo.

— ¿Te gusta? —preguntó el enjuto gigantón, alzando el arma—. Es acero de Dareniel, se la quité a un cadáver en Bosqueazul, hace tan solo dos semanas.

— ¿Dareniel? —el calvo soltó un escupitajo—. Nada bueno puede venir de esos malditos blandos que cazan a caballo.

El tostado asintió, dando a entender que opinaba lo mismo sobre los norteños. El espigado grandullón estalló en carcajadas.

— Puede que no sepan cazar, amigo, pero exportan armas por doquier. Llegan a los rincones más alejados del mundo, incluso a las mismísimas islas del borde.

— ¿Cómo sabes tú eso? —inquirió el tostado.

— He viajado. No solo hay monstruos en los Mil Reinos.

— Sí, puede que hayas viajado, pero parece que hayas cazado demasiado —declaró el calvo, con un deje acusador en la voz—. No engañas a nadie con tu cara bonita.

– Al contrario amigo, los mejores cazadores son capaces de mantener una cara a la que todavía miran las mujeres con agrado.

Derren no podía estar del todo de acuerdo con eso. No si se fiaba de las descripciones de hombres legendarios como Kark el Sonriente, por los tajos que tenía a ambos lados de la boca; Foki el Sordo, que se había quedado con un par de orificios por orejas; o Borot el Rayado, por las tres cicatrices que surcaban su cara en paralelo, desde la sien hasta la barbilla.

Oyó una leve risita a sus espaldas que no captaron los demás. La mujer no parecía creérselo tampoco, cosa que lo confortaba en su idea. Aunque no siempre acertaba, se le daba bien juzgar a la gente con la mirada, y estaba seguro de que ese tipo no había cazado a ningún monstruo en su vida. Quizá algún que otro lobo silvestre, como mucho. Pero un lobo es un lobo, y un monstruo es un monstruo. Sin duda, sería un sabroso aperitivo para la libélula.

Derren se despertó allí mismo, espatarrado. Se frotó los ojos para quitarse las legañas y miró a su alrededor. El calvo roncaba como un jabalí, el tostado dormía plácidamente y el altanero grandullón había desaparecido. El alba empezaba a arrebolarse el mar con sus haces anaranjados. Pero lo que más le agradó fue ver la costa a ambos lados. Ya estaban en la parte estrecha del mar. Ya faltaba poco.

Tras despejarse con la agradable brisa matinal, fue a buscar un cabo que se ató al cinto para colgarse desde la popa del bajel y desenfundó su katana. El filo gris verdoso refulgió en la luz matutina y el símbolo grabado sobre la guarda emitió un frágil destello. Oyó un chapoteo justo al lado y vio cómo se borraban las ondas circulares en el mar. El siguiente era suyo.

Con los pies anclados perpendiculares sobre la quilla, el cabo tensado al máximo y el brazo derecho preparado sobre el agua, Derren mantenía los ojos muy abiertos. Oyó más chapoteos, pero todos muy lejanos. Paciencia. No necesitó demasiada, los verdeles saltaban con frecuencia, probablemente asustados con el paso del barco. Lo vio nada más sacar la cabeza del agua. La hoja lo atravesó por el tronco y el pez quedó atrapado, dando los últimos aletazos al aire antes de morir asfixiado. Pero aún no había terminado. Con el pez ensartado, siguió al acecho, moviendo la katana con una velocidad pasmosa y coleccionando desafortunados verdeles.

Deshizo el nudo y posó los cinco verdeles sobre una tela que se tiñó de rojo mientras los verdeles se desangraban. Limpió la katana con un paño y agua dulce.

– ¿Es helieno? –preguntó una voz a sus espaldas.

Era ella. ¿Cómo demonios había podido acercarse tanto sin que se diera cuenta? Derren se giró, enfundando el arma en la funda que colgaba a su espalda. Asintió.

– Helieno, sí. La heredé de mi padre.

– Debí de ser un gran cazador. Esos verdeles no son dignos de una hoja así, no la malgastes... O hazte pescador. Llevo buscando helieno varios años, parece que ya no queda ni un gramo en los Mil Reinos –la mujer bajó fugazmente la mirada hacia su hebilla–. Colmillos Verdes... Veo que juegas en casa. ¿Has oído hablar alguna vez de esa libélula?

Su voz era dulce y melodiosa. Llevaba una aljaba a la espalda y la cuerda del arco le cruzaba el pecho. Sus ojos eran verdes como las praderas y su pelo una cortina de paja enmarañada que caía sobre sus hombros. No era alta ni musculosa, pero algo en su rostro transmitía peligro.

Derren negó con la cabeza mientras veía como aparecían los demás. El grandullón juntó los labios y pegó un leve silbido de fingida admiración.

– ¡Vaya! ¡Verdeles! ¡Y buenas piezas además! ¡Estoy deseando compartir ese festín cuando desembarquemos esta noche en torno a la hoguera!

– ¿Compartir la caza? ¿Estás loco? ¿Qué cojones os enseñan en tu maldito reino? –inquirió el calvo casi con furia.

– ¿Ves que haya cazado algo? ¡Es pescado! Cinco miserables pececillos, no sacaré ni medio penique por eso.

– En Colmillos Verdes se paga bien el pescado fresco –Derren sabía que podría sacar entre ocho peniques y un escudo. Se encogió de hombros y luego señaló el cabo todavía anudado en el amarre—. Yo comparto el mar, no la pesca. Si quieres, todavía hay verdeles saltando.

El calvo y el tostado sonreían encantados con la respuesta del cazador. Derren se imaginó al espigado fanfarrón intentando pescar verdeles con su pesada hacha de acero de Dareniel. Sería una escena divertida, sin duda. La risa contenida le arqueó los labios y el grandullón le dedicó una mueca grosera.

– Panda de desgraciados, yo os diré lo que vais a compartir. ¡Los dientes de la libélula!

Y se fue, apisonando la madera de la cubierta que crujía bajo sus botas.